

el profundo recogimiento y la santa gravedad de los ministros, que están atentos al rededor del altar, y á ofender con la indecencia de vuestros adornos la pureza de su vista, mientras se ocupan en las cosas santas.

Por eso queria el apóstol que las mujeres cristianas entrasen en el templo cubiertas con un velo, por causa de los ángeles, esto es, de los sacerdotes que en él están continuamente presentes delante de Dios, y cuya inocencia y pureza debe igualar á la de los espíritus celestiales. Es verdad que en esto nos avisais tambien, ¡oh Dios mio! cuál deba ser la santa gravedad y el inviolable recogimiento de vuestros ministros en nuestros templos; que nosotros debemos tener aquí grabado en nuestra frente el santo terror de los misterios que ofrecemos, y el vivo é íntimo conocimiento de vuestra presencia, que solamente con el espectáculo de nuestra modestia debemos aquí inspirar respeto al pueblo que nos rodea, que cuando estamos en el altar ocupados en el santo ministerio no debemos manifestarnos mas enfadados, mas distraidos y mas precipitados que la misma multitud que aquí asiste, y no autorizar sus irreverencias con las nuestras; porque, ¡oh Dios mio! la desolacion del santo lugar empezó por el mismo santuario; en él se debilitó el respeto de los pueblos por no haber mantenido la santa gravedad del culto y la majestad de las ceremonias, y vuestra casa no empezó á ser lugar de disolucion y de escándalo hasta que nuestros mismos ministros la hicieron casa de negociacion, de impaciencia y de avaricia. Pero católicos, aunque nuestro mal ejemplo autorice vuestras profanaciones no las excusa.

Y verdaderamente parece que Dios nunca las ha dejado sin castigo. A las vergonzosas indecencias de los hijos de Helí, que por tanto tiempo profanaron su casa, se siguie-

ron las mas funestas calamidades; el Arca santa vino á ser presa de los filisteos, fué colocada al lado de Dagon en un templo infame, se marchitó la gloria de Israel, el Señor se retiró de su pueblo, se apagó la luz de Judá, faltó el pontífice, y Jacob se halló de repente sin altar y sin sacrificio.

No hay que dudar, católicos, que las desgracias del siglo pasado, el furor de las herejías, la ruina de los altares y de tantos y tan augustos templos, fueron funestas consecuencias de las irreverencias de nuestros padres. Era muy justo que el Señor abandonase unos templos en que habia sido ultrajado tanto tiempo: temamos, católicos, el preparar á nuestros nietos las mismas calamidades, imitando los desórdenes de nuestros predecesores; temamos el que irritado el Señor abandone algun dia estos templos que nosotros profanamos, y que vengan tambien á ser presa del error y asilo de la herejía; y qué sé yo si ya empieza á prepararnos estas desgracias, permitiendo que la pureza y sencillez de la fe se altere en los espíritus, multiplicando unos hombres que se precian de sábios, de los que tanto abunda este siglo, que todo lo miden con las luces de una débil razon, que quisieran ver claramente los secretos de Dios, y que en vez de hacer de la religion el motivo de su culto y de su accion de gracias, la hacen motivo de sus dudas y de sus censuras. ¡Terrible sois, Señor, en vuestros juicios! y algunas veces vuestros castigos son tanto mas rigurosos cuanto son mas lentos y mas tardos.

Traigamos, pues, á la memoria, católicos, todos estos grandes motivos de religion; vengamos á este santo lugar con una devocion tierna y atenta, con un espíritu de oracion, de compuncion, de recogimiento, de accion de gracias, de adoracion y de alabanza; no salgamos jamás de nuestros templos sin sacar alguna nueva gracia, pues está aquí

el trono de misericordia desde donde se reparten á todos los hombres; no salgais jamás sin un nuevo gusto para el cielo, sin nuevos deseos de acabar vuestros desórdenes y de uniros únicamente con Dios, sin envidiar la felicidad de los que le sirven, que pueden adorarle continuamente á los piés de los altares, y que están particularmente consagrados á este santo ministerio por su estado y por sus ejercicios. Decidle, [como decia antiguamente aquella reina extranjera á Salomon: Bienaventurados vuestros siervos, que siempre están en vuestra presencia y no tienen mas habitacion que vuestra santa casa: *Beati servi tui, qui stant coram te semper.*¹ Y si las obligaciones de vuestro estado no os permiten el venir á adorar aquí al Señor en las diferentes horas del dia en que se juntan sus ministros para alabarle, á lo menos dirigid siempre hácia este santo lugar vuestras súplicas y vuestros deseos, como hacian en otro tiempo los israelitas; sean nuestros templos el mas suave consuelo de vuestras penas, el único asilo de vuestras aflicciones, el recurso en vuestras necesidades, el mas seguro alivio de las molestias, cumplimientos y penosas sujeciones del mundo; en una palabra, buscad en él el principio de aquella paz inalterable, cuya plenitud y consumacion no hallareis sino con los bienaventurados en el templo eterno de la celestial Jerusalem. Amen.

NOTA ACERCA DEL SERMON SIGUIENTE.

En el tercer domingo de Cuaresma se hallará otro sermón sobre la recaída, intitulado: *De la inconstancia en los caminos de la salvacion.* Este se compuso primero; pero

¹ 3. Reg. cap. 10. v. 8.

juzgando despues el ilustrísimo señor Massillon que no se habia extendido bastante acerca de las verdades contenidas en la segunda parte, la trabajó de nuevo, y de las tres subdivisiones que contiene, formó los tres puntos que componen el sermón *De la inconstancia en los caminos de la salvacion.* No obstante, no he tenido por conveniente el suprimir éste, por no privar al público de la primera parte, en que se hallan unas verdades muy útiles, y tratadas con aquella elegancia que este ilustrísimo prelado sabia dar á todo lo que escribia.

